

UTILIDAD PEDAGÓGICA DE LA FILOSOFÍA

NUMAS ARMANDO GIL OLIVERA*

“La última palabra del filósofo es la pedagogía, pues toda especulación solo debe servir a la acción.

Floración y finalidad de toda verdadera filosofía es pedagogía en su sentido más amplio: teoría de la formación del hombre”

Wilhelm Dilthey

A finales del año 1937 y a principios de 1938, el pensador barranquillero Julio Enrique Blanco, amplía su discurso que pronunció en la sesión solemne del Colegio de Barranquilla (CODEBA), titulado: Utilidad Pedagógica de la Filosofía, y que apareció en una segunda edición revisada por el autor en el año 1942.

El solo título en letras mayúsculas, demuestra el espíritu de preocupación del maestro Blanco en esta época por hacer pública la utilidad de la filosofía como ciencia general, como disciplina cimera, que orienta el estudio de las ciencias particulares que

se impartía en el año 1942 en nuestra Universidad del Atlántico. Y ante tanto escepticismo por parte de los científicos de la época, que preguntaban maliciosamente “¿Servirá en verdad algo la filosofía? ¿Para qué?”, el maestro Blanco, respondió contundentemente sacando argumentos de las mismas disciplinas, y en virtud de su intención original elevó mediante su energía lógica, la imagen del mundo, los ideales y los fines propios de su época, aclarando su conciencia y conexión hacia las raíces de la vida.

Como buen neokantiano que fue, llevó a la *praxis* ese bello pensamiento del profesor de Königsberg: “Tras la educación está el gran secreto de la profesionalidad de la naturaleza humana. Es encantador imaginarse que la naturaleza humana se desarrollará cada vez mejor por la educación y que ello se puede producir en una mejor forma adecuada a la humanidad. Esto nos descubre la perspectiva de una es-

Recibido: 24 de julio de 2014

Aceptado: 16 de septiembre de 2014

* Profesor Titular, Grupo de Investigaciones Cronotopía, Facultad de Ciencias Humanas-Filosofía, Universidad del Atlántico. mochueloscantores@yahoo.com

pecie humana futura más feliz”. Estas palabras de Kant expresan, sin ninguna exageración, las esperanzas ideales de que estaba lleno el fundador de la Universidad del Atlántico.

El maestro Blanco reduce a dos tesis, que le sirven de base, lo que quiere explicar; la primera “que teóricamente la filosofía sirve para enseñar en qué consiste el conocimiento real y positivo de las cosas”, y la segunda “que prácticamente la filosofía sirve para conducir la realización o logros del objeto que tiene la existencia humana”.

Estas dos tesis se las aplica a las ciencias experimentales, haciendo ver que la filología, la matemática, la cosmología, la física, la química, la biología, la psicología y lo que llamo la historiografía, tienen, en efecto, una utilidad indiscutible “pues la filosofía es inteligencia que se hace conciencia, ciencia, espíritu, historia misma, en suma, cosmos de los valores personales”.

Como vemos, es la preocupación de un ser desgarrado y angustiado ante una comunidad casi natural, que le exige soluciones rápidas de los problemas reales.

En esos momentos, el desarrollo industrial incipiente de la ciudad le exigía ciencia experimental y le otorgó ciencia experimental, sin olvidarse que la filosofía les “enseña en qué consiste el conocimiento real y positi-

vo de las cosas y para conducir los logros que tiene la existencia humana”.

En nuestro contexto actual la filosofía “se nos ofrece como un conjunto de ideas sobre el ser, el mundo y la vida para nosotros y los contemporáneos. Planteada así, la filosofía es algo objetivo, independiente de nosotros, e incluso de su creador. Pero por otra parte, la filosofía es algo subjetivo, vida humana. Secundariamente la filosofía es igualmente forma de participación en ella”.¹

Como planteamos más arriba, el maestro Blanco, argumentaba las dos tesis principales, pero nunca participó secundariamente en ella, como el usufructo de una filosofía ya creada; pues no creó, como sí lo hizo Francisco Romero, “una gran comunidad filosófica a su alrededor, llamando igualmente la atención de la sociedad y de las autoridades universitarias hacia la filosofía... Gracias a su gestión, la filosofía dejó de ser una actividad fantasmal al margen del cauce general de la cultura, cultivada por unas figuras solitarias y excéntricas; casi en todas nuestras universidades se fundaron Facultades de Filosofía y Letras; por doquier aparecieron revistas de filosofía, las casas editoriales abrieron sesiones especiales de filosofía. Esto es, en nuestra América se comenzó a vivir en la normalidad filosófica”.²

1. Cruz Vélez, Danilo (1991). *Tábula rasa*. Bogotá: Ed. Planeta, pp. 100-101.

2. *Op. cit.*, p. 105.

Pero nuestra costa Atlántica ha estado a espaldas a esta normalidad, con excepción de una institución que no pudo seguir sosteniéndola. Es un fenómeno muy especial de nuestra región, digno de ser estudiado por nuestros sociólogos, puesto que de ella son oriundos pensadores como nuestro querido maestro, el pionero de la filosofía moderna en Colombia, Rafael Carrillo, que sí fundó el Falansterio Universitario en Bogotá, en marzo de 1945, y el iniciador de la Nueva Historia de Colombia, Luis Eduardo Nieto Arteta.

La técnica

Cada vez que el hombre intenta imaginar un paraíso en la tierra, de inmediato se genera un infierno muy conveniente. [Paul Claudel-*La Utopía Educativa*].

La técnica se puede definir como un sistema de acciones mediante el cual el viviente animal actúa sobre el medio, respondiendo a sus necesidades.

En sentido restringido de “técnica”, cabría asignarlo con la propiedad a la técnica humana y más estrictamente a la tecnología.

La técnica es una fuerza avasalladora, frente a la cual el espíritu humanístico carece de poder. Se trata de una de esas fuerzas históricas que vuelven todo al revés, para terminar construyendo una nueva época. Ya venía actuando en el mundo desde hace mucho

tiempo, pero a nosotros nos ha llegado tarde como todo, y tan lentamente, que apenas nos hemos dado cuenta de lo que ha ocurrido, aunque hablemos mucho de ello en forma superficial.

Este nuevo poder que es la técnica moderna, surgió del seno de las ciencias exactas de la naturaleza, fundadas por Galileo en el siglo XVII. Ha venido desarrollándose al compás del progreso de dichas ciencias. Hoy ya no hay ningún rincón de la tierra a donde no haya llegado su imperio, ni ninguna esfera de lo que hay que se sustraiga a su acción.

La técnica ya no se limita a ser un instrumento de dominio de la naturaleza inorgánica, sino que ha extendido su poderío a otros campos de la realidad: a la vida orgánica, a la vida social, a la vida anímica e inclusive a la espiritual.

El espíritu de la técnica moderna está en todas partes, como el aire que respiramos. No es pues, algo fronterizo a nosotros, que podamos aceptar o rechazar o manipular a nuestro antojo, sino una atmósfera que nos rodea, algo dentro de lo cual estamos y nos constituye al determinar en grado sumo todas esas relaciones con las cosas, con el prójimo y con la sociedad de las cuales se teje la tela de nuestra existencia. De ahí que se hable de nuestro tiempo como de la época de la técnica y del hombre actual como del *homo thecnicus*.

La técnica moderna ha colmado de bienes al hombre. Los aparatos y las máquinas de que vive ahora rodeado lo han liberado de los esfuerzos físicos que antes le robaban gran parte de su tiempo y de su energía. Esto le permite dedicarse a actividades que avivan lo específicamente humano en él; como el diálogo, la lectura, la música, la contemplación de obras para la meditación... La técnica del transporte aumenta la movilidad sobre nuestro planeta, o le permite abandonarlo para aventurarse a otros planetas. La técnica de las comunicaciones lo mantiene al tanto de todo lo que ocurre en el mundo y lo hace asistir a acontecimientos que se desarrollan en lugares situados a miles de kilómetros de distancia como si estuviera allí. Las técnicas de investigación hacen crear cada vez más su saber disponible que no se limita al macrocosmos. Ya casi no hay secretos para el hombre, gracias a los inmensos progresos que ha logrado en el estudio del átomo, de la célula.

En otros términos, la “revolución” en curso no es solo tecnológica, económica, política o cultural; tiene, sin duda alguna, un alcance antropológico. Pues, aún con genoma constante, la vida en red afecta nuestra experiencia íntima de los fundamentos de la existencia humana, a saber, el tiempo, el espacio, la memoria, la identidad, las instituciones, la vida y lo que todos convienen en llamar “lo real”. La red diluye los poderes al tiempo que engendra una nueva forma de po-

der, el poder de la red, precisamente. ¿Cómo entonces, no habría de afectar también a ese ente llamado “hombre” que es por naturaleza un ser cultural, en particular cuando la cultura se provee a sí misma los medios para transformar a la naturaleza?

El saber esencial de la técnica

Si se quiere salvar al hombre y su mundo, lo *humanum*, de la acción corrosiva de la técnica, se puede hablar de un nuevo humanismo. Pero no el “humanismo socialista” que buscaba liberar al hombre de condiciones sociales y económicas que le envilecen y deshumanizan. Tampoco el “humanismo cristiano” que busca devolverle al hombre su dignidad específicamente humana y su puesto singular en el cosmos, religándole de nuevo a Dios. Ni mucho menos, el “humanismo existencialista” que persigue la misma meta, despertando en el hombre la conciencia de que tiene la libertad absoluta de determinar su propio ser y su destino. Ese nuevo humanismo bajo el signo del imperio de la técnica, un humanismo que, a pesar de reconocer la necesidad histórica de la preeminencia de la técnica en nuestro tiempo, se proponga salvar al hombre de los peligros que ella encierra.

Esto último solo se puede lograr si se conoce la esencia de la técnica, lo cual exige un saber sobre ella, diferente del saber técnico propiamente dicho, porque este último saber va dirigido al dominio de la realidad. El

saber sobre la esencia de la técnica, en cambio, tiene que surgir de una reflexión sobre ella como una de las muchas formas que tiene el hombre de habérselas con lo real.

Dicho saber esencial e histórico tiene que salir de la universidad, de donde viene el saber científico en que se basa la técnica y donde se lleva a cabo la investigación que la alimenta. Pues se trata de una relación común en la que tienen que colaborar las matemáticas naturales, las ciencias históricas sociales, la filosofía y la literatura reunidas en un conjunto unitario, donde todos los conectores obren a modo de vasos comunicantes. Pero para ello es necesario que en la escuela, colegio y universidad haya una atmósfera, espiritual, no solo científica, política, filosófica o literaria; es decir, una atmósfera que propicie el surgimiento de un interés general de los problemas del hombre particular, de su destino, del sentido de las diversas formas de su saber y de su obrar, un interés que despierte necesariamente el interés público por las mismas cuestiones como ha ocurrido frecuentemente en la historia. Que las cosas no solamente funcionan, sino que también tienen un ser. Que hay otras dimensiones de lo real, diferentes de las que tienen en cuenta la técnica. Que hay una naturaleza para el pintor, para el poeta o para el paseante solitario que no es de la técnica. Que el río por ejemplo, es un símbolo de nuestra vida, o el “río de la infancia” o el “río de la patria” y no solo fuerza hidráulica. Que la

naturaleza es la “madre naturaleza” o un objeto de contemplación y no solo un objeto de expoliación, o de destrucción. Que el lenguaje no es solo un sistema de signos para la comunicación, sino también en medio por el cual el hombre articula su mundo y su vida. Que nuestras ciudades no son solo sistemas para el tráfico vehicular y hacinamientos humanos, sino también ámbitos de la existencia de seres que necesitan disfrutar tanto de la belleza y del buen gusto como del transporte ordenado o de un cobijo contra la intemperie. Que el prójimo no es solo el comprador, el consumidor, sino un tú que encontramos en el diálogo, en la amistad, en el amor. Que existen unos valores que no se pueden cuantificar, que existe la bondad, la justicia, la verdad, la belleza, la lealtad, la docencia, la honradez... que la vida no es solo una fórmula química, sino también un misterio. Que existe el misterio, que nos rodea por todas partes como una niebla impenetrable desde el momento del nacimiento hasta la muerte.

Lo anterior no es una utopía. Más bien se trata, de un simple ideal.

La reflexión filosófica acerca del verdadero sentido de la praxis humana se encuentra hoy ante una inflación de opinión que configura un régimen social de opinión pública, en el que la tecnificación de la formación de la opinión, se ha constituido en el factor que más dinámica tiene en el juego de las fuerzas sociales. En nuestro Insti-

tuto, que hoy se funda, la filosofía no puede renunciar a la idea de un *Logos* común, de una razón social, pues como lo dice H.G. Gadamer, “el aumento del grado de información no significa necesariamente un fortalecimiento de la razón social. Me parece más bien que aquí reside precisamente el verdadero problema: la amenazante pérdida de identidad del hombre actual”.³

En efecto, la ausencia o retirada del *Logos* del mundo de la vida, equivale a la partida de defunción de la filosofía práctica, de esa en que tanto insistió el maestro Blanco y por la que, en un momento dado, lo observaban como una figura solitaria y excéntrica. No, en el Instituto de Filosofía Julio Enrique Blanco de la Rosa debe reinar “un permanente preguntar y un permanente intento de responder, donde la última respuesta puede ser la última pregunta”.

Desde la fundación, la Universidad del Atlántico se ha caracterizado por el desarrollo de sus Facultades Científicas, carentes de una mirada propia; quiero decir, carentes de un Departamento o Instituto de Filosofía sobre el cual se apoyen las Facultades Científicas. Pues “La ciencia puede hacer muchas cosas que la filosofía no se propone realizar, porque caen fuera de sus dominios... La ciencia

tiene el inconveniente, con respecto a la filosofía de no poder volverse sobre sí misma para interrogarse sobre sus métodos o sobre sus últimos principios. La ciencia no puede fundamentarse a sí misma. Solo la filosofía posee ese privilegio del espíritu... En el momento en que la ciencia está corriendo más de prisa, la filosofía, que es la ciencia sin prisa, da a aquella una zancadilla certera y la detiene en su marcha alterna...

La filosofía es la ciencia fundadora por uno de los aspectos más interesantes de su definición total, y lo es no solo del conocimiento científico sino de todo conocimiento”.⁴

Por intermedio de este Instituto de Filosofía la Universidad del Atlántico en adelante, ahora sí podrá proyectarse sobre la vida nacional, pues el conocimiento de una región no se hace posible fuera de ella sino por los directores intelectuales de esa región. Y nada más propio para formar esos intelectuales que el Instituto de Filosofía.

Pero hay que tener cuidado con esta institucionalización de la filosofía, pues ella “encierra en sí el peligro de la burocratización, que es muy negativa, porque la mayoría de los profesores de filosofía tienden por la lógica interna de las cosas, a convertirse

3. Gadamer, H. G. (1981). *La razón de la Época de la Ciencia*. Tr. de E. Garon Valdés. Buenos Aires: Alfa. p. 47.

4. Carrillo, Rafael (1986). *La filosofía como espacio de las ciencias*. Bogotá: Biblioteca Colombiana de Filosofía, pp. 224-225.

predominantemente en funcionarios, cuya suprema aspiración no es el saber por el saber, inherente a la filosofía, sino más bien escalar un grado superior en el escalafón académico”.⁵

Este Instituto de Filosofía nos irá a demostrar que hay otras dimensiones de lo real, diferentes de las que tiene en cuenta la técnica. Que existen unos valores que no se pueden cuantificar; que existe la bondad, la justicia, la verdad, la belleza, la lealtad, la decencia, la honradez. Que la vida no es solo una fórmula química, sino también un misterio que nos rodea por todas partes como una niebla impenetrable, desde el momento del nacimiento hasta la muerte.

Señor Rector de la Universidad del Atlántico, por su interés y su visión para el futuro, la Institución que usted dirige le debe sus fundamentos.

Con este Instituto de Filosofía, la comunidad de la Costa norte no tendrá que emigrar al interior del país en busca de sus fundamentos en la filosofía, sino que aquí se desenterrará la modernidad.

Pero, algunas caras escépticas como las que le tocó enfrentar al maestro Blanco en su época, se preguntarán ¿por qué un Instituto de Filosofía, si eso no sirve para nada útil? Enseguida respondería: porque en nuestra gente

hay ausencia en la presencia, muerte en lo vivo, y porque tenemos capacidad para articular lo que aún no está; y también porque existe la alineación, la pérdida de lo que se creía conseguido y la escisión entre lo hecho y el hacer, entre lo dicho y el decir; y finalmente, porque no podemos evitar esto: atestiguar la presencia de la falta con la palabra, y para que las nuevas caras, llenas de vida, no mueran amarradas al castaño bíblico de Macondo, mientras pretendan otra vez, descubrir el hielo.

Bibliografía

Carrillo, Rafael (1986). *La filosofía como espacio de las ciencias*. Bogotá: Biblioteca Colombiana de Filosofía.

Cruz Vélez, Danilo (1991). *Tábula rasa*. Bogotá: Ed. Planeta.

Gadamer, H. G. (1981). *La razón de la Época de la Ciencia*. Tr. de E. Garon Valdés. Buenos Aires: Alfa.

5. Cruz Vélez, Danilo, *op. cit.*, p. 105.

